

Viernes XX del TO
Ciclo B



23 de agosto de 2024

Ez 37, 1-14

Sal 106

Mt 22, 34-40

P. Eduardo Suanzes, msp

En el Evangelio Jesús ya se encuentra en Jerusalén. Los saduceos, grupo religioso-político de Judea que no creía en la resurrección, acaban de estar con Jesús tratando de hacerle caer en la trampa con aquel cuento de la mujer que se casa con siete hermanos y uno a uno van muriendo. Pero Jesús les deja callados. Ahora son los fariseos los que habiendo escuchado el fracaso estrepitoso de sus rivales los saduceos, creen poder cazar a Jesús. Se le acercan con una pregunta (aparentemente inocente) y ésta se explica, porque los fariseos contaban 613 preceptos en la ley (de ellos, 248 mandamientos positivos y 365 prohibiciones). Había que saberlos y practicarlos todos, aunque dominaba la opinión de que el mandamiento más importante, que resumía la entera Ley, era la observancia del sábado.

Jesús responde primero con el pasaje del Deuteronomio: «*Amarás al Señor tu Dios con toda tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente*». Son parte de las palabras que cualquier judío piadoso recita todos los días, al levantarse y al ponerse el sol. En fin, que fue intachable su respuesta, pero nada de original. Lo sorprendente es que no se quedó ahí. Le habían pregunta por **el mandamiento principal** y añadió un segundo, tan importante como el primero, esta vez citando al Levítico: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». Estaba diciendo que para llegar a Dios, había que dar necesariamente el rodeo por el hermano. Estaba diciendo que Dios y el prójimo no eran magnitudes separables y que, por tanto, el amor a Dios no era más importante que el amor al prójimo. Y concluyó: «*De estos dos mandamientos penden la Ley entera y los Profetas*»¹

Imaginemos esta respuesta de Jesús para una mente farisea abrumada por el peso de la ley con sus 613 preceptos, todos importantes. Imaginemos cómo sería para una mente así concebir un Dios-Amor: alguien que no exige sometimiento de siervos, ni se complace en acumular sobre nosotros leyes, normas y obligaciones, un Dios que viene a nuestro encuentro a aligerarnos de cargas y a liberarnos de yugos; un Dios sanador de heridas y reparador de brechas; un Dios cuyos rasgos eran: el amor compasivo y fiel, el perdón y la gratuidad. Si desde pequeño le han enseñado a pensar de Dios de otra forma, para la mente y la praxis farisea esto sería como un bálsamo increíble, difícilmente pensable.

Jesús ha omitido en su respuesta (¿voluntariamente?) cualquier referencia a cualquier prohibición y a cualquier reacción vengativa de Dios. Había omitido también (¿voluntariamente?) cualquier referencia a normas de cumplimiento, de rezos y de subidas al Templo, de ayunos y prácticas religiosas.

¹ Cfr. JOSÉ LUÍS SICRE. *Aprenda a salvarse en treinta segundos*. En www.feadulta.com

La observancia de estos dos mandamientos habría hecho de Israel una sociedad justa, pero el proyecto de Dios ha fracasado en ellos. En su enunciado de los dos mandamientos, Jesús enfrenta a sus adversarios no con dos textos legales, sino con la persona de Dios y con la del prójimo. Para Jesús, la Ley no es un conjunto de mandamientos, sino que la considera como un todo que solo tiene explicación desde el amor a Dios y al hombre. Porque Israel ha ignorado este eje fundamental está en la situación lamentable que Jesús una y otra vez denuncia².

La originalidad de la respuesta de Jesús no está en enunciar los dos mandamientos, bien conocidos por la tradición judía, sino en la equiparación de uno y otro y en la centralidad que les asigna: el resto de la Ley son solo corolarios de esta orientación fundamental de la vida.

Y aquí está, creo yo, el mensaje central también para nosotros, una vez más. Es la llamada de atención para no perder de vista este centro de gravedad del seguidor de Jesús. Es muy fácil perdernos en laberintos más o menos complicados, contruidos por nosotros mismos, llenos de justificaciones y prohibiciones éticas, para evitar pasar por el hermano como camino único que lleva a Dios. Y tal vez este punto central es precisamente el que más nos cuesta vivir a lo largo de estos veintiún siglos de cristianismo.

Al citar Jesús como el centro de la Ley esos dos mandamientos estaba diciendo que el amor al prójimo es el que lleva a Dios directamente. Lo normal es pensar que al acercarnos a los necesitados, a las viudas, a los huérfanos, a los inmigrantes, en una palabra, a los últimos, somos nosotros los que les damos algo; nuestro tiempo, tal vez alimento, tal vez algún sustento material... Jesús está diciendo que al acercarme a los últimos son ellos los que nos abren una ventana misteriosa por la que nos encontramos directamente con Dios: el prójimo nos ofrecen la posibilidad de encontrarnos con Dios. Por eso es que citaba solo esos dos mandamientos.

² Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981